

Entrada Bíblica

Dios es Padre Bueno, lleno de amor y ternura por sus hijos. La experiencia de este amor expresado a través de las cosas y las personas que habitualmente están en nuestra vida, de la naturaleza, del amor que damos y recibimos, de las innumerables cosas buenas que nos acontecen, nos despiertan el agradecimiento y nos mueven internamente a responder con nuestra vida a tanto bien que recibimos. Sin embargo, y a pesar de esta innegable experiencia de amor que nos habita y nos rodea, no tardamos en experimentar que nuestras respuestas no siempre son fieles al bien recibido. Deseamos hacer el bien, nos gustaría responder con amor y ternura, con verdad, con alegría a los demás, ser justos y solidarios, y tantos deseos buenos que intentamos poner por obra. Pero no siempre actuamos como nos gustaría, y así nos experimentamos contradictorios, inconsistentes entre lo que deseamos y lo que hacemos. Es que hacemos experiencia de nuestra fragilidad, de nuestro no poder, despertamos a darnos cuenta, que somos capaces de daño, de mentira, de maldad, en definitiva, de pecado. Que nuestras actitudes nublan el bien que nos habita y con ellas nos hacemos cómplices del mal que también opera fuera de nosotros. No somos todo lo bueno que quisiéramos, ni somos como nos gustaría que nos vieran. Nos habitan fuerzas que nos alejan del amor recibido, nos sacan del camino, nos hacen menos personas y nos transforman en colaboradores de la deshumanización de nuestros vínculos. El pecado nos daña y daña a otros.

¿Qué tiene la Biblia para decirnos sobre esta experiencia que vivimos a diario? ¿Cómo podría acompañarnos en nuestra existencia la palabra de Dios? La Biblia como historia de amor entre Dios y los hombres nos trae los relatos de las infidelidades, los descarríos y la deshumanización que hombres y mujeres protagonizaron a lo largo de la historia.

Los personajes nos cuentan cómo siendo conscientes y habiendo experimentado la Promesa de Dios hecha realidad, el amor creador e infinito con que Dios los amaba, sus respuestas y sus conductas no siempre hacían correspondencia a ese amor. Sin embargo, en ese juego de amor e infidelidades, Dios el siempre Fiel, nunca abandonó, jamás se apartó ni dejó librados a su suerte a los hijos que en su fragilidad intentaban seguir construyendo esta historia de amor con Dios. La Biblia en sus páginas nos narra cómo Dios, con cariño y ternura siempre nos acerca a un otro que nos abre y nos despierta a la conciencia de la infidelidad y a la experiencia de la Promesa siempre presente de Dios que sigue buscando y amando para reparar la vida de sus hijos.

El segundo libro de Samuel nos narra el episodio en que el Rey David deslumbrado por la belleza de la mujer de Urías, buscando tapar la realidad y su infidelidad no sólo a Dios que lo había ungido Rey de su pueblo, sino a sus generales y sus familias que lo apoyaban en su lucha por la liberación del pueblo de Israel contra sus enemigos, llega a hacer matar a Urías, uno de sus mejores servidores del ejército, para salvar su vida y que su pecado quede oculto. Natán interpela al Rey David por su conducta trayéndole a la reflexión con un caso de ficción, éste en su sabiduría responde acertadamente sobre el caso condenando a quien en él había ocasionado daño, “¡Por la vida de Dios, que el que ha hecho eso merece la muerte! No quiso respetar lo del otro, pagará cuatro veces el valor de la cordera”. Entonces Natán dijo a David: “Ese hombre eres, tú () ¿Por qué te has burlado del Señor haciendo lo él reprueba?” (Segundo Libro de Samuel cap 12, 5-9). Dios nos reprende como Padre, y nos envía ayudas en el camino como envió a Natán al Rey David para despertar a la consciencia de su error y al daño que éste ocasiona.



El pecado y el daño nunca tienen la última palabra, la Biblia nos narra cómo Dios a pesar de que los hombres y mujeres insistían en sus conductas de apartarse del Amor del Padre, Dios siempre sostuvo la búsqueda de sus hijos y mantuvo su promesa de eterna misericordia, amor y salvación para todos.

Dios promete su Amor Eterno y el hombre lo busca con corazón frágil y necesitado, consciente de que su único refugio es ese Amor que lo sostiene, que siempre está cerca y que es solidario con el daño y el dolor que hombres y mujeres sufren y ocasionan, "Desde lo hondo clamo a ti Señor, Señor escucha mi vos" (Libro de los Salmos 130,1).

El amor de Dios cura el daño, restablece a la vida, reconstruye lazos y nos permite reinsertarnos en nuestros ambientes. Así nos cuenta el evangelista Marcos la curación de la suegra de Pedro: "Él se acercó, la tomó de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles" (Evangelio de Marcos cap. 1,31). También cuando cura a un paralítico la mirada de Jesús no está puesta en la imposibilidad o fragilidad sino en la fe de quien recurre a él: "Viendo Jesús su fe dijo al paralítico: "Hijo, tus pecados te son perdonados" () "Yo te lo mando levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. Se levantó de inmediato, tomó su camilla y salió delante de todos".

"Entonces Jesús los miró indignado, aunque entristecido por la dureza de sus corazones y dijo al hombre: Extiende tu mano. El hombre la extendió y la mano quedó sanada" (Libro de Marcos 3,5).

• ¡Dios mío, tú eres mi Dios! Con ansias te busco, pues tengo sed de ti; mi ser entero te desea, cual tierra árida, sedienta, sin agua. (Libro de los Salmos 63,1)

• Desde lo hondo clamo a ti Señor, Señor escucha mi voz... (Libro de los Salmos 130,1)

• Felices los pobres de corazón, porque de ellos es el Reino de Dios. (Evangelio de Mateo cap. 5,3)

• ¿Adónde te escondiste amado, y me dejaste con gemido?... (San Juan de la Cruz, Cántico Espiritual)

• Nos hiciste para ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que no descanse en ti. (San Agustín, Confesiones)

• «Ese hombre eres tú» Segundo Libro de Samuel cap. 12,7 Entonces Natán dijo a David: Tú eres aquel hombre...

• Carta a los Romanos cap. 7,19-25 - Porque no hago el bien que quiero ...